

RESEÑAS

Mónica Scarano, Mónica Marinone y Gabriela Tineo, *La reinención de la memoria. Gestos, textos, imágenes en la cultura latinoamericana*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997; 190 pp.

El análisis emprendido por las autoras de *La reinención de la memoria* sobre las obras de Alejo Carpentier, Abel Posse y Roa Bastos subraya el carácter de invención propio de las interpretaciones que sobre América hizo "Occidente" a partir del acontecimiento en que dos mundos diferentes se encontraron (o des-encontraron): el arribo de Colón al Caribe. En sus lecturas se enfatiza la mentira que desde el comienzo caracterizó al discurso europeo en una especie de afán reduccionista que circunscribía lo novedoso y distinto a lo ya conocido, cuando no lo excluía. Es claro que esta aproximación tiene la marca de los estudios coloniales que en la academia norteamericana se han realizado en los últimos veinte años, como las mismas autoras parecen reconocerlo a través de las citas de autoridad (Todorov, Mignolo, Pastor, entre otros). A partir de este marco conceptual, entonces, se busca observar los modos en que, desde las novelas analizadas, se vuelve sobre los orígenes americanos a través de un elaborado ejercicio textual por el que se recrea la historia inventándola nuevamente desde espacios y voces enunciativas antes ocluidas. La idea de una "transgresión" y "deconstrucción", en palabras de las autoras, que en dichas

novelas emerge como ejercicio central y recurrente lleva a señalar un espacio privilegiado de lectura en el que lo literario cobra un relieve especial al sobrepasar sus propios límites en una inflexión ideológica que conduce a pronunciarse sobre saberes y prácticas diversas tales como la historia, la política y la economía. De este modo, se formula una especie de programa en el que, haciendo eje en la "reinención" de la historia latinoamericana, se pueda "descolonizar" un imaginario colectivo atravesado por la fijeza de la escritura alfabética y le permita fluir más libremente y alcanzar su verdadera "identidad".

En la primera sección del libro, Gabriela Tineo analiza *El arpa y la sombra* (1979) de Alejo Carpentier. Comienza por subrayar cierta continuidad del escritor cubano en relación a su visión crítica respecto de América y, más específicamente, del Caribe. A partir del "encuentro" con el otro en esas tierras, "espacio fundante de una nueva época" (44), se genera una mirada sobre América y al mismo tiempo se la incluye dentro de la historia. Así, desde los escritos colombinos se fragua una versión del continente amerindio llena de engaños que en la novela de Carpentier se desarticula a partir de un Colón, vuelto un personaje ambiguo e impreciso que, como un espectro, reaparecerá cuatro siglos después debatiéndose en su propio recuerdo. En esa apertura temporal se pone en marcha una práctica textual que, recogiendo los distintos registros que dicho acontecimiento ha

producido, entreteje una densa “trama” en que distintas voces resuenan “dialógicamente”, y en el que la cita se trastoca en una forma más de una reescritura que se despliega en el cruce de distintas disciplinas socavando todo intento de “sistematización” (49). En ese movimiento, nos dice Tineo, se subraya una “perspectiva integradora y totalizante [...] donde la interrogación a la historia se inscribe en un proyecto más amplio” que es el de la pregunta sobre la “identidad” (49). El recuerdo de este fantasmagórico Colón produce una proliferación de imágenes activadas perceptualmente que, articuladas oralmente por la voz colombina, actúan como un contrapunto del propio diario del genovés. Así, oralidad y escritura se contraponen en la propia figura de un Colón que, sumado a la práctica “Confesional”, contribuyen a descolocar su posicionalidad como sujeto del saber, deambulando entre una “afirmación y negación del decir” (51) que deja al descubierto una “escritura engañosa” y “recupera un pasado hecho de ocultamientos y de mentiras” (51).

La novela, entonces, sugiere Tineo, tiene en cuenta dos cuestiones centrales que emergen a partir de los escritos colombinos: por una lado, su carácter “inaugural” de la escritura latinoamericana (idea postulada por Noé Jitrik); por el otro, como señala Edmundo O’Gorman, su función de disparadores de un “proceso que desencadena una nueva imagen del mundo” (56). A partir de esa vuelta a los orígenes, Carpentier no sólo reconfigura la imagen vertida por los colonizadores sino que la propia voz de Colón se irá desdibujando hasta contaminarse por la suya en el registro de lo autorial y de lo escriturario. Así, esta especie de Colón/Carpentier comienza a abandonar los sistemas analógicos de conocimiento, pero, al mismo tiempo (y aquí es donde emerge lo propiamente metaliterario), reconoce el “límite” de la palabra ante la exhuberancia del Caribe. De allí, entonces, que la palabra se torne también en desmesura para captar ese nuevo objeto de lo real

que reafirman en este Colón su llegada al paraíso terrenal. De este modo, en esta especie de “variación” de la historia del descubrimiento donde desde el título se sugiere la idea de movimiento al mismo tiempo que la de ambigüedad o contraste, se plasmaría, de acuerdo a Tineo, una poética de tipo barroca en donde el quiebre de toda certeza constituye, paradójicamente, una de sus principales certidumbres. Como consecuencia de esta actitud antihegemónica, Tineo plantea que la actividad literaria emerge aquí celebratoriamente con una “voluntad descolonizadora” que llevaría finalmente a replantearse pero también a consolidar una “identidad latinoamericana” (64).

En el capítulo siguiente, Mónica Scarano analiza *Los perros del paraíso* de Abel Posse (1987) desde una perspectiva de resonancias bajtineanas. Así, la autora intentará dar cuenta de un corpus textual cuya “modalidad paródica y carnavalesca” (73) constituye, a su parecer, una de las formas en que el objeto literario —la conquista— es reconfigurado dentro de nuevas coordenadas espaciales y temporales a través de una compleja voz enunciativa. Desde la mirada de un narrador contemporáneo, los cuatro viajes de Colón se entrelazan formando uno, al mismo tiempo que el punto de vista se amplía en la inclusión de otras perspectivas (la de la reina Isabel y Fernando, la de un Colón niño y adolescente y la de los propios nativos amerindios). Al igual que Tineo, Scarano afirma que dichos procedimientos, junto con el trabajo intertextual y la selección de personajes históricos, confluyen en una concepción de la “prosa simbólica”, así como en “la construcción de identidades en la cultura latinoamericana” (74). En este sentido, tanto la inserción de materiales no propiamente literarios (códices, recetas, glifos, cartas, etc.) como la emergencia en la novela de “fuentes alternativas”, procedentes de la cultura indígena y de versiones del registro oral, conllevan un borrado entre el discurso histórico-

gráfico y el ficcional en una trama rediseñada que, al mismo tiempo que recrea su objeto, provoca la posibilidad de un “diálogo intercultural” (76).

En un detallado análisis, Scarano puntualiza varios de los procedimientos utilizados por Posse en la producción de una “contraversión” y el desdibujamiento del, según la autora, colonizado imaginario latinoamericano. Así, por ejemplo, el uso de la tercera persona del singular permite la corrección de las versiones de la historia; la aparición de un doble calendario –gregoriano y maya– pone en tensión dos concepciones de tiempo contrapuestas; y la plasmación de hechos y personajes secundarios conlleva una “rejerarquización de lo marginal” (79). Como en la novela de Carpentier, aquí la figura de Colón también aparece fuertemente problematizada. Sumido en una travesía delirante, gozará de la compañía de otros “antihéroes” (Ulrico Nietz –mezcla de Ulrico Schmid y Nietzsche–, Todorov, Swedenborg, etc.) que, como él, se encontrarán atrapados por sus propias ensoñaciones. Sin embargo, su delirio cobra un carácter productivo que lo lleva a adoptar “rasgos milenaristas” y que provocan en él un despojo, no sólo de su antigua vestimenta europea, sino también de su identidad. Se trata, además, agrega Scarano, de una identidad “migrante” ya en conflicto, “genovés, judío a medias, ibérico” que ve en América la llegada al Edén terrenal. Para la autora, se plasmaría así, en su figura, el trauma del “primer mestizo sudamericano”, “héroe y víctima al mismo tiempo de su hazaña” que “encarna el conflicto de identidad latinoamericana aún vigente” (86). A partir de esta transpolación temporal en que se subraya una continuidad de desajustes de más de cuatrocientos años, Scarano insiste en volver sobre el “espesor de la trama histórica” para encontrar las “causas de la realidad latinoamericana actual a mediados de los ‘80” (98).

En esta misma direccionalidad interpretativa se circunscribe el últi-

mo ensayo de este libro, de Mónica Marinone, sobre la novela de Roa Bastos, *Vigilia del almirante* (1992). De acuerdo a Marinone, la propuesta del escritor paraguayo estimularía una reformulación de “la inserción del discurso literario latinoamericano en el contexto de la historia cultural de Occidente” (115). Como en las otras novelas de Bastos, aquí reaparece su preocupación por contar la historia desde una tradición que recupera el origen “bi –multicultural” de América latina, y el carácter específicamente disglósico del Paraguay. Nuevamente, emerge en la producción escrituraria la tensión entre escritura y oralidad y el intento “totalizante”, según señala Marinone, que tiene su modelo más acabado en *Yo el supremo*. Al igual que en las secciones anteriores de *La reinención de la memoria*, se subraya aquí la cuestión de una legitimidad fundada en la letra escrita que se pone en crisis ante la irrupción de otras “marcas” del habla y en la puesta de los distintos textos que, superpuestos, diluyen su procedencia y evitan “posibles clausuras”. Así, a través de un lenguaje que se hiperboliza y estetiza en su afán de plasmar una “riqueza semántica y musical propia del guaraní” (128), Bastos realiza una aguda “revisión epistemológica y lingüística” que toma en cuenta el carácter complejo de su cultura en su intento denodado por incluir las distintas perspectivas (133). A través de un recorrido textual en el que distintas voces proliferan (el Almirante, un narrador, los cronistas, el ermitaño), se traza un itinerario de regreso a la instancia fundacional y, en esa vuelta, se la desanda y se la “des-cubre”. La metáfora del caleidoscopio que emerge de la novela, y que, explica Marinone, supone el entrecruzamiento de planos y un “discurso altamente descentrado” (20), lleva a “relativizar categorías” e introduce un “orden retrospectivo” (20).

En el trabajo de Bastos, como en los anteriores, la reflexión metaliteraria constituye uno de sus componentes principales que agudiza la

crisis de representación de su objeto en la puesta en evidencia tanto de la distancia y “mediatización” del sujeto productor como de una re-escritura en la que las “vacilaciones” son el elemento desestructurador del orden de todo discurso. Así, volver sobre la escritura de los viajes supone una práctica “de-constructiva” por el que la “propia productividad textual” pone al descubierto “su prehistoria” (122). En este sentido, también la actividad lectora recupera su movilidad ante la posibilidad de hacer “actual” todo texto, al mismo tiempo que se lo recrea. Nuevamente, como vimos en las otras novelas, la figura de Colón sufre una distorsión en la resignificación de su empresa al dejar traslucir sus aspectos negados (la mentira, la culpa, el deseo) y al trastocar su mirada respecto de la conquista: se le concede escribir un nuevo testamento en donde reconoce el “genocidio” y estipula su “renuncia” y, de ese modo, agrega Marinone, “se le delega la posibilidad de cambiar la historia” (127). Como en las obras anteriores, la idea de una necesidad de revisión y variación de los registros consagrados a la conquista se transforman, en la lectura de las autoras, en una “reflexión social más amplia” que al tener en cuenta la “inclusión de la alteridad”, apuestan las críticas, llevaría a una “refundación” de América (142).

Es cierto que la preocupación por la inclusión del “otro” ausente en la escritura conlleva a una renovación en el campo de los llamados estudios culturales, una corriente refundada desde la academia norteamericana, que desde una perspectiva ideológica se propone deshegemonizar las prácticas de producción textual. Desde esta postura, entonces, la literatura sufre un proceso de reacomodación en donde ciertas nociones del campo teórico tales como dialogismo, polifonía, deconstrucción, etc., se convierten en postulados indiscutibles para una práctica literaria preconcebida de antemano. En el caso específico de la llamada literatura latinoamericana, se alienta una producción que, paradójicamente, es desarrollada y

estimulada críticamente desde los ámbitos intelectuales del Norte. En este sentido es interesante observar lo que otro escritor, Juan José Saer, plantea al respecto: “Es así como ciertas designaciones que deberían ser simplemente informativas y secundarias se convierten, por el solo hecho de existir, en categorías estéticas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la expresión ‘literatura latinoamericana’. Esta expresión, corriente en los medios de difusión y en la obediente crítica universitaria, no se limita a informar sobre el origen de los autores, sino que está cargada de intenciones estéticas y además es portadora de valores; su empleo presupone temas, estilos y una cierta relación estética entre autor y sociedad. Se le atribuyen a la literatura latinoamericana la fuerza, la inocencia estética, el sano primitivismo, el compromiso político. [...] Además, es necesario que todo producto tenga una apariencia decentemente latinoamericana y que las obras editadas conserven cierto aire de familia. La literatura latinoamericana debe cumplir así, no una praxis iluminadora, sino una simple función ideológica” (“Una literatura sin atributos” en *El concepto de ficción*, Buenos Aires: Ariel, 1997, 274-5) Así, si por un lado esta corriente revisionista ha producido una movilización y reactualización, en cierta forma necesaria, del campo literario; por el otro, ha generado un nuevo tipo de realismo que para existir necesita de la presencia indiscutible de una “alteridad”. Una nueva forma de concebir la relación entre literatura y sociedad que conduce, creemos, a un replanteamiento de las antiguas preguntas acerca de la especificidad y el objeto del campo literario y, más concretamente, acerca de la posibilidad de una experiencia estética que no se reduzca a “deconstruir el discurso racionalista”, con lo que necesariamente termina devolviendo el análisis al plano de lo ideológico.

Isabel Alicia Quintana

Universidad de California - Berkeley